

# La «mala prensa» de nuestra Ilustración

CARMEN MARTIN GAITE\*

TODA mi infancia y parte de mi juventud me las pasé sumida en la casi total certeza de que el siglo XVIII español era un período anodino, que ni desde el punto de vista histórico ni desde el literario presentaba el menor interés. Los manuales de Historia y de Literatura que regían como libros de texto en los institutos de segunda enseñanza durante la postguerra española se encargaban de sembrar esta noción que, según pude comprobar por los comentarios que hacían otros chicos de mi edad, se imprimía casi sin excepción en las mentes juveniles con unánime arraigo. Aquel siglo, que se había iniciado en España con la implantación de la Monarquía borbónica, quedaba relegado, dentro de aquellas primeras nociones escolares, a una especie de limbo o desván, y los personajes que, a manera de muñecos sin cabeza, habían ido a parar a él no pasaban de ser meras menciones sobre el papel, caterva de apellidos pocas veces acompañados ni siquiera de la correspondiente viñeta que iluminara el texto impenetrable y monótono y orientara al menos acerca de la expresión o actitud de tales gentes: la princesa de los Ursinos, Feijoo, Fernando VI, Jovellanos, Campomanes, Samaniego, Aranda, Cadalso, Moratín, borrosa grey extraviada de los anhelos imperiales, cuyos perfiles el niño inquiría absorto y aprensivo, seres que apenas rebullían ni tenían color dentro de la pecera ambigua del siglo XVIII. ¿Qué había hecho aquella gente de gestos acordados y tenues, gente de peluca blanca, mencionada siempre con una sombra de recelo y rencor? ¿A qué se dedicaba en realidad?

## *IMAGEN DE LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA*

\* Salamanca, 1925. Escritor. Su último libro, «Usos amorosos de la posguerra española», ha ocupado los primeros lugares en las listas de ventas en los últimos meses.

No parecían haber promovido ni llevado a cabo guerras demasiado sonadas de las que inspiran grabados con fragatas, lanzas y estandartes; no habían convertido judíos ni quemado herejes, no habían montado espectáculos teatrales sorprendentes donde el diablo sale cuando menos se espera por un escotillón, se despliega una bóveda celeste con nubes y estrellas de purpurina y se escenifica el fuego de la condenación eterna, no habían conquistado terrenos exóticos esgrimiendo la cruz y la espada contra los infieles, no habían hablado de amores turbulentos ni habían inventado personajes de esos que se salen del libro para tomar entidad de carne y hueso.

Pensativos, atentos y pacientes, parecían entregarse a una serie de menesteres y reformas que a mí se me antojaban vagamente domésticos, como si se afanaran, sin hacer apenas ruido, por poner orden en una gran casa en ruinas. Parecían, en suma, atenerse al empeño de convivir lo mejor posible unos con otros, pero sin hacer muchas alharacas, con unos gestos como de minué. Yo llegué, por aquellos años, a la conclusión de que tal vez en el siglo XVIII no habían acontecido nunca historias dignas de ser contadas.

Posteriormente, reflexionando sobre la época de la postguerra española, he venido a entender un poco las razones que tenía la propaganda oficial para correr un tupido velo sobre el siglo XVIII, para proscribirlo y manipularlo. La España que salía de las ruinas de una guerra con carácter de cruzada tenía que ser apuntalada mediante un código de valores que sólo conseguiría implantarse seleccionando intencionadamente todos los ejemplos que la historia patria pudiera ofrecer como idóneos para cargar de fuerza y de razón a la coyuntura del momento. Entre estos ejemplos hubieran disonado, y se descartaron por eso, los comportamientos reflexivos y críticos de los hombres de la Ilustración dieciochesca, sospechosos por su misma medida y por entrar en contradicción con el ideal que el nuevo régimen quería proponer como norma y espejo de futuras conductas al filo de los años cuarenta. Un ideal retórico y agresivo, donde no sólo se pretendía separar expeditivamente el trigo de la cizaña, sino que se veía cizaña por todas partes. Los colaboradores políticos de las publicaciones que vieron la luz en la década de los cuarenta están de acuerdo en rechazar el siglo XVIII por considerarlo desgarrador del espíritu que se tenía por genuinamente nacional, y opinan que la distorsión de España entró en ella con el siglo de las Luces.

Los verdaderos corifeos de Erasmo no son sus contemporáneos. En España los verdaderos discípulos de Erasmo viven en las postrimerías del siglo XVIII y en los comienzos del siglo XIX —escribiría en 1940 el marqués de Lozoya—. Son los discípulos de Carlos III que disuelven la Compañía de Jesús, don Félix María de Samaniego y don Francisco de Goya con sus terribles sátiras antifrailunas, don Bartolomé Gallardo con su diccionario crítico burlesco y los periodistas de las Cortes de Cádiz que atacaban las mismas cosas que Erasmo. La ofensiva enciclopedista del siglo XVIII... era en absoluto opuesta al genio español, que es ante todo la angustiada obsesión por los problemas eternos y el desprecio por lo accidental y contingente de la vida.

El aprecio por lo accidental y contingente de la vida, modesta aspiración de los ilustrados dieciochescos, hartos de las empresas grandiosas que nos habían condenado a ser incapaces de convivir unos con otros civilizadamente, suponía una actitud crítica y de revisión inaceptable en la postguerra. De ahí las reservas contra la Ilustración manifestadas en los

*PROSCRIPCIÓN Y  
MANIPULACIÓN  
DEL XVIII*

libros de texto que me tocó estudiar en mis años de formación.

*LAS RESERVAS  
CONTRA LA  
ILUSTRACIÓN*

Mucho más tarde, cuando, para paliar las lagunas dejadas en mis estudios por el bachillerato y la universidad, me dediqué a leer por mi cuenta libros de historia, una curiosidad larvada desde la infancia me llevó a empezar por el siglo que peor conocía. Fueron lecturas aisladas y tenaces que empezaron en la biblioteca del Ateneo de Madrid por el año 1962, que posteriormente me llevaron de hemeroteca en archivo y que cambiaron durante una década el rumbo de mis aficiones. Todo lo que pueda decir aquí lo extraigo del poso que me han dejado esas lecturas sosegadas de madurez, dictadas exclusivamente por la afición de entender mejor las cosas y de revisar tópicos y patrañas.

*PROPENSIÓN  
AL DESENGAÑO*

El primer tópico que hay que dismantelar es el de la rigurosa coincidencia del año 1700 con una tendencia por parte de los españoles para reflexionar sobre los males de su patria. Esta propensión al desencanto no nos la contagiaron exclusivamente los vientos de impiedad venidos del extranjero. Los primeros atisbos de una actitud crítica frente a la historia de España hay que ir a buscarlos a la mitad del siglo XVII. Durante el reinado de Felipe IV, y más concretamente a partir de la paz de Westfalia, los ojos de los españoles, encandilados hasta entonces con la propaganda de la extensión imperial, parecen abrirse con una lucidez nueva y extender por los escombros de la realidad circundante una mirada que tiene bastante en común con la que pasaron, dos siglos más tarde, por su patria desarticulada los hombres del 98. La generación de 1648-59 podría tal vez ser señalada como la primera en que algunos españoles, doloridos y perplejos, inician el rosario de lamentaciones que luego habría de ir in crescendo. Era un tímido y esforzado afán por hacer triunfar la sentatez y por tratar de explorar los motivos de la decadencia que empezaban a percibir en torno, de poner en relación las causas con los efectos para tocar la raíz de por qué las cosas no iban tan bien como siempre se había dicho. Son los llamados arbitristas, Saavedra Fajardo, Fernández Navarrete, Arrieta, Sancho Moneada, González de Celorigo, voces de llamada a la cordura. De su propuesta de soluciones o arbitrios para los males que entreveían se deriva su posterior denominación de «arbitristas». Aunque sus errores de apreciación sean a veces muy grandes —fenómeno fácilmente explicable por la falta de información a que se veían condenados—, nadie podrá negar lo espontáneo y genuino del deseo que les llevaba a buscar remedios para el país y a hurgar en las ideas preconcebidas de una grandeza que se aplicaban a poner en cuestión. Era el propio malestar económico y social de España, en su evidencia ya insoslayable, lo que les impulsaba a desgranar sus ingenuas críticas y no en modo alguno la imitación de corrientes o

escritos de otros países, por la sencillísima razón de que no se recibían ni leían libros extranjeros.

A este respecto, la apertura que significó el cambio de dinastía, tras el reinado lamentable de Carlos II, es evidente que añadió un elemento nuevo en la situación de crítica latente que queda esbozada: la conciencia de los males de la patria considerados en sí mismos vino a ampliarse y complementarse progresivamente mediante los puntos de comparación que fueron facilitando los cambios introducidos por la dinastía borbónica. Es decir, se tomó conciencia además del retraso que España sufría en todos los órdenes con relación al resto de las naciones europeas.

Pero, al llegar a este punto, hay que señalar de antemano el carácter medido y contemporizador con que se inició en España la puesta en cuestión de los valores tradicionales.

Al comparar nuestra centuria ilustrada con la de otros países —ha escrito Juan Luis Alborg— se subyuga siempre el carácter más sumiso, tradicional y conservador de nuestros reformadores, que ni siquiera aproximaron su Crítica hasta el borde de ningún dogma religioso o político y se atrevieron muy levemente con las instituciones eclesiásticas. De este hecho se deriva el particular carácter de nuestra Ilustración.

No en vano el primer esfuerzo consciente para dar a España una tradición al modo europeo, es decir, de acuerdo con las categorías que a principios del XVIII prevalecían en Europa, fue llevado a cabo por un religioso de piara filiación arbitrista y cuya juventud había transcurrido en el último cuarto del siglo XVII: me refiero al padre Feijoo. Es importante recordar este paso del barroco a la Ilustración, darse cuenta de que ningún siglo levanta una barrera nítida entre sus dominios y los de la centuria anterior. Los veinticuatro primeros años de la vida del padre Feijoo, piojero indiscutible de la desmitificación nacional, coinciden con el simulacro de reinado de Carlos II, cuya estéril existencia se apagó con el siglo XVII. Una prueba del empobrecimiento, el fanatismo y la superstición a que había llegado nuestro país bajo el reinado de este último Austria nos la aporta el proceso mismo de su enfermedad, con la crónica de los conjuros y exorcismos que se permitieron hacer caer sobre su enteca persona y a los que debe el sobrenombre de «El Hechizado» con que ha pasado a la historia. Nada debe extrañar que un país patrocinado por semejante jefe prestase más adhesión al lo prodigioso que a lo verdadero y creyese, como creía, que las montañas de la Alcarria mugían durante la noche, que en el Moncayo morían las ovejas que pastaban antes de la salida del sol y se curaban las enfermas que pacían después de alzado éste, que los nacidos en Viernes Santo curaban la peste con su aliento y un sinfín de supercherías por el estilo. Pero lo grave estaba en que, por los años en que el padre Feijoo se erigió en desengañador del vulgo, ni el clero, ni la gente de estudios, ni los ministros se atrevían a combatir estos errores y la fe se había

*MESURA DE LA  
ILUSTRACIÓN*

*EMPOBRECIMIENTO,  
FANATISMO  
Y SUPERSTICIÓN*

dejado devorar por la superstición hasta tal punto que formaban ambas una simbiosis aniquiladora de todo pensamiento renovador.

A principios del siglo XVIII dos historiadores del reinado de Felipe V tan apreciables como el marqués de San Felipe y el padre Belando, a quienes para su época se puede tener por ilustrados, no dudan, sin embargo, en recoger como datos objetivos en pasajes de sus respectivos libros, la influencia maléfica de cometas, eclipses y otros prodigios celestes. Los libros religiosos y los sermones, que significaban el pan espiritual y cotidiano del pueblo, acostumbrado a vegetar a la sombra de la Iglesia, eran un conglomerado de enrevesados conceptos que contribuían a acentuar la modorra mental del español. La asistencia a las universidades, aparte de que era un privilegio de pocos, tampoco suponía gran cosa. Los profesores, atrincherados en posiciones intocables y entregados a vanas disputas de escuela, habían venido suplantando con ellas el interés real por saber.

*EL TESÓN  
DEFEIJOO*

En una situación tal de inercia y adhesión a lo establecido, es comprensible que el tesón con que el padre Feijoo se aplicó a la tarea de desvanecer errores resultase revolucionario. El mismo lo reconoce así cuando dice que su oficio

... es el de desgañador del vulgo, oficio, a la verdad, honrado y decoroso, pero triste, ingrato y desabrido más que otro alguno. Mi profesión es curar errores, y cosa notable es que la medicina que aplico a los entendimientos exaspera voluntades.

El padre Feijoo luchó con muchas limitaciones, y no fue la menor su condición de profesor de Teología. Lo más posible es que, en el fondo, no considerase una cátedra de Teología como plataforma idónea para reformar nada desde ella, y cuando concluía sus clases y sus obligaciones religiosas y se encerraba en su celda a leer no era la Teología la materia que constituía el blanco de sus preferencias. Devoraba libros de medicina, de historia, de geografía, de literatura, de metafísica y de historia natural. Suscrito a publicaciones extranjeras que le informaban acerca de libros y cuestiones poco conocidas en España, y a salvo de posibles sospechas de herejía gracias a su condición de religioso de vida ejemplar, todo eran ventajas para su afán de ilustración y conocimiento. Templado y prudente —me inclino a pensar que más por reflexión que por naturaleza—, padeciendo las ataduras de una condición religiosa que ni de lejos soñó con romper, el padre Feijoo fue en los albores del siglo XVIII un moderado de verdad, de los pocos, por cierto, con que cuenta nuestra historia del pensamiento. Posiblemente cuando Alborg habla del «carácter sumiso, tradicional y conservador de nuestros reformadores» se está refiriendo al padre Feijoo, que nunca se declaró partidario de escuela alguna ni tuvo por definitivas sus propias afirmaciones. Si se queda corto en muchas materias, que desde luego se queda, yo pienso que es casi siempre la suya

una timidez derivada de su incertidumbre y de su modestia, de un deseo de no avasallar con opiniones tajantes. En el fondo, siempre hay que elegir entre intervenir atrepellando a base de afirmaciones dogmáticas o declararse neutral y acordador. Feijoo eligió esta segunda senda, que a los españoles, a la postre, siempre los ha aburrido, porque supone una especie de cura de desintoxicación de su tendencia congénita al barroquismo.

Y, sin embargo, es esperanzador comprobar que, a contrapelo del barroco y ante un camino sembrado de reticencias e inconvenientes, la afición apasionada a la lectura de un benedictino aislado en su celda de Oviedo y que apenas había pisado la Corte, iba a lanzar una simiente nada despreciable. Sobre la marcha, sin obedecer a un plan preconcebido, tocando por turno las materias que más urgente le parecía atender, sin demasiado miramiento de que quedase por definitivo nada de lo que decía, el padre Feijoo inicia a principios del XVIII un lento deshielo en los densos bloques de grandilocuencia, rutina y discordia que aprisionaban la convivencia de los españoles.

Desde mediados del siglo XIX el tema de la decadencia de España, iniciado por los arbitristas, empieza a ser objeto de meditación constante por parte de ensayistas e historiadores. En 1854, el que iba a convertirse en político más importante de la Restauración, Antonio Cánovas del Castillo, publicó su libro *Historia de la decadencia de España desde Felipe II a Carlos II*, en cuyo prólogo decía:

Nuestra decadencia no sólo no está narrada hasta ahora, sino que está ignorada, oscurecida, envuelta en falsedades y calumnias.

De la escuela histórica que con esta obra fundó a los veintiséis años Cánovas del Castillo, se originó una nueva revisión crítica del pasado español que influyó en hombres de su generación como Miguel Morayta, Maldonado Macanaz, el marqués de Pidal, Ferrer del Río y, sobre todo, Modesto Lafuente. De resultas de estos intentos por derribar los tópicos imperiales, el siglo XVIII empezó a ser valorado como un período de aciertos y concordia. A medida que avanzaba el siglo XIX, y sobre todo a partir del Krausismo, en la cátedra, en las tertulias particulares, en los discursos del Ateneo y en el Parlamento se había de poner insistentemente sobre el tapete lo que se empezó a llamar «el problema de España», insistiendo sobre el aspecto económico y práctico de los males que aquejaban al país. Un conjunto de voces, que tienen algo en común con las emitidas por aquellos arbitristas del XVII que precedieron a Feijoo, empezaron a alzarse invocando la regeneración del país. De ahí que hoy se conozca con el nombre de «regeneracionistas» a los profesores, sociólogos o ingenieros que emitieron esas quejas y preconizaron reformas de tipo administrativo, económico y agrícola.

LA SIMIENTE  
DE FEIJOO

Pero lo que interesa para nuestro propósito es que todos esos hombres, desde Mallada a Costa, como más tarde Silvela, Maura o Cambó, vuelven sus ojos, como mirándose en un espejo ejemplar, a la política del despotismo ilustrado, pionera de estas reformas internas del país, al tiempo que rechazan, por contraposición, la ambición expansionista de los Austrias. Macías Picavea, en su libro *El problema nacional*, llegó a acuñar, con matiz peyorativo, el término «austracismo», oponiéndolo a la política sensata de los Borbones ilustrados, que por primera vez habían intentado de forma eficaz sanear el país y fomentar su progreso. Otro de los temas constantes de los regeneracionistas, el ataque a la ineficacia y a la excesiva retórica, también tenía sus raíces en el siglo XVIII. Joaquín Costa, por ejemplo, siempre tuvo como modelo a los ministros de Carlos III, y particularmente al conde de Aranda, en quien admiraba sobre todo la ausencia de altisonantes discursos. Dice de él que, a pesar de su viveza de ingenio y su presteza en la ejecución,

...manejaba, sin embargo, con dificultad suma la palabra, no pareciendo sino que toda la lengua se le había trasladado a las manos y que era mudo. Este es el tipo de estadista moderno que el país necesita para regenerarse.

España, en efecto, había venido configurándose de antiguo como un país de leyes, consejos y consultas, de abogados de pico de oro remisos en zanjar pleitos a su debido tiempo, país discutidor y grandilocuente pero poco práctico, sobrecargado de funcionarios desidiosos y de enredosas diligencias. Concretamente a principios del siglo XVIII, el mundo de los papeles había llegado a constituir una auténtica obstrucción en la máquina del Estado, como vieron bastante claramente algunos de los ministros franceses de Felipe V, abrumados a su llegada a España por la inexcusable cantidad de consultas que se veían obligados a respetar antes de pensar en tomar la más mínima decisión. Todos los asuntos se trataban por escrito y, dado que cualquier intento de reforma desembocaba previamente en la creación de nuevos consejos, nada resultaba más exótico que una medida tomada a tiempo. El perenne rechazo a tomar lecciones de nadie y a admitir sugerencias extranjeras hacía difícil cualquier renovación.

Porque —como decía Luis XIV— basta en España que un abuso sea costumbre para conservarlo escrupulosamente, sin tomarse la molestia de examinar si lo que tal vez pudo ser bueno en otro tiempo es malo en el actual.

Varios políticos y pensadores españoles de la segunda mitad del XVIII, cuya patriótica preocupación se centraba en temas económicos, se quejan de este horror de sus compatriotas a las innovaciones. Y tratan de sacar a la luz apoyos para una tesis fundamental: la de que muchas leyes y costumbres del pasado eran inadecuadas para las circunstancias presentes.

Así, el desconocido autor de una *Representación hecha al Excmo. Marqués de la Ensenada* acusa con muy buen sentido, al hablar de los reinados de Carlos I y Felipe II:

Yo no digo que aquellos monarcas no fuesen grandes políticos; es preciso creerlo así si no se desmiente primero la fe de los que han escrito sus vidas y acciones. Pero diré que pusieron en olvido los medios y aún dieron en providencias contrarias a la felicidad de la Monarquía, echando las primeras disposiciones para la ruina que padecemos en el comercio, población y otros perjuicios capitales.

Y Jovellanos, yendo más allá, se lamentaba de que la nación careciera de una historiografía digna de tal:

En nuestras crónicas, anales, historias, compendios y memorias —dijo en 1780 al ser recibido por la Real Academia de la Historia—, apenas se encuentra cosa que contribuya a dar idea cabal de los tiempos que se describen. Se encuentran, sí, guerras, batallas, conmociones, hambres, pestes, desolaciones, portentos, profecías, supersticiones y, en fin, cuanto hay de inútil, de absurdo y de nocivo en el país de la verdad y la mentira. ¿Pero dónde está una historia civil que explique el origen, progreso y alteraciones de nuestra Constitución, nuestra jerarquía política, nuestra legislación, nuestras costumbres, nuestras glorias y nuestras miserias? ... ¿Por qué se han de callar las verdades útiles por más que desagraden a unos pocos, vergonzosamente interesados en alejarlas del conocimiento de aquellos mismos a quienes conviene más descubrirlas y saberlas?

Un espíritu semejante informa la obra de Forner: *Reflexiones sobre el modo de escribir la historia de España*, que, aunque no fue publicada hasta 1816, data de 1786.

Nos duran aún, por desgracia —dice—, muchos restos de la Edad Media, y, poniendo en vista cómo nacieron, cómo crecieron, cómo se radicaron esos excesos, tal vez se lograría desengañar a muchos que, por ver lo que hoy existe y no saber cómo se originó, creen buenamente ser precisas y útiles muchas cosas cuyo establecimiento no nació ni de la utilidad ni de la necesidad.

El tono de estas consideraciones y el espíritu que las informa son los mismos que dieron vida a la obra del padre Feijoo, de quien son tributarios en mayor o menor medida no sólo Jovellanos y Forner, sino también Cadalso, Clavijo y Fajardo, el padre Burriel, Sempere y Guarinos, Moratín, Nifo y tantos otros escritores del siglo XVIII. Elaboraron una filosofía al servicio de la utilidad y la sensatez, que siempre había de sentar mal a quienes —para decirlo con frase de Machado— «desprecian lo que ignoran», y de una forma matizada y sutil pusieron los cimientos para una crítica moderada acerca de los valores tradicionales.

Afortunadamente, ya hace varios años que empieza a reivindicarse nuestro siglo de las Luces, que precisamente por establecer los principios para una mejor convivencia entre los españoles ha sido sañudamente denostado en las épocas en que nuestros compatriotas han hecho bandera de su intolerancia y su incapacidad para convivir con nadie que mantenga un punto de vista contrario al suyo.